

la economía la financiación exigida por estos organismos y grupos de presión —a los que no parece poner excesiva resistencia la generosa política del Ministerio de Hacienda— está alcanzando unos niveles difícilmente superables. Podría decirse que pocas veces en la historia de las finanzas españolas se han dado más facilidades, por parte del Tesoro, para disponer de un cuantioso volumen de fondos públicos dirigidos al sostenimiento de determinados intereses privados, de una conservadora política de precios agrícolas o, en definitiva, de una discutible y contradictoria política económica.

A este respecto, merece especial atención, por su expresiva significación, la financiación del Servicio Nacional de Cereales, punto de referencia básico de una política agrícola consistente en canalizar las necesarias ayudas a la agricultura —que nadie, por otra parte, discute— por medio del sostenimiento artificial de los precios «percibidos» por los agricultores. En efecto, como puede comprobarse en el cuadro adjunto, la financiación de tan arriesga-

da política, en el primer semestre de 1969, ha exigido una inmovilización de recursos públicos cuya cuantía es superior en más de un 40 por ciento a la de 1968 y en más de un 100 por ciento a la del mismo período de 1967. Todo ello se explica si se tiene en cuenta que, a los cuantiosos excedentes de trigo en los últimos años, han venido a sumarse, en las dos últimas campañas, fuertes excedentes de cebada, que no son más que el resultado —paradójico— de las medidas que se tomaron para eliminar los excedentes del primero de los productos citados. De esta forma, los errores acumulados de esa política agrícola denotan hasta qué punto los intereses de los grupos predominantes en el sector primario están aún tan enraizados en la estructura económica del país, que son capaces de seguir imponiendo unas orientaciones de política económica —estructuras de propiedad, régimen de precios, etc.— que ya han entrado en abierta contradicción con otros intereses del propio sistema. ■ A. L. M.

Barcelona:

«HAPPENING CULTURAL»



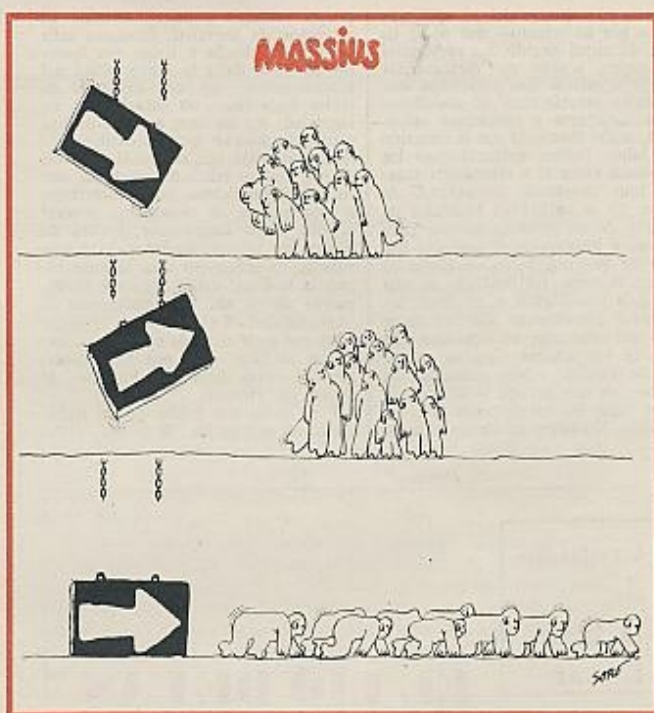
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, EN COMPAÑÍA DE MARINA CURIA Y BEATRIZ DE MOURA, DE TUSQUETS, EDITOR.

«Happening» entre dos «happenings». A la salida de Madrid, en Barajas, llegada de los astronautas. A la salida de Barcelona, en el puerto, la de los componentes de la «operación España». Entre ellos, el «happening cultural» organizado por Tusquets, editor, como presentación oficial, aunque ya hace unos meses habían salido dos de sus libros al mercado. En un local de raigambre popular, el Gran Price, dancing y escenario de combates boxísticos, una multipantalla daba acogida, simultáneamente, a varias películas. Por un lado se proyectaban diapositivas de los autores «de la casa», que van de Lezama Lima a Samuel Beckett, de Zola a Gide, de García Márquez a Gertrude Stein. Por otro, portadas de los libros ya editados, ilustraciones. Por un tercero, viejos films: Chaplin, Méliès, Lloyd... Por último, «trailers» de films de autores a los que la editorial, que dedica una especial atención a los temas cinematográficos, va a consagrar parte de sus volúmenes. Todo, evidentemente, aderezado con música, y en presencia del «todo Barcelona».

La experiencia, sin duda, es interesante. Apasionante incluso. El hacer salir la cultura de los senderos trillados, de los cenáculos habituales, es algo necesario. El libro, en la sociedad de consumo en que vivimos, no puede olvidar su condición de objeto. Ha de ser, además de vehículo de cultura, mercancía atractiva. Y como tal ha de ser presentado, lanzado. Los viejos es-

quemados, el viejo refrán de que «el buen paño en el arca se vende», no tienen ya curso. En este sentido van los proyectos de la editorial de referencia, que define sus textos, publicados o en preparación, como «no imprescindibles», pero atractivos, fundamentales en el «campus» y en la playa. Caben en el bolsillo, pero no son de bolsillo. Son «paperbacks», pero no son «pockets».

En cuanto al acto en sí, el «happening», uno recuerda el celebrado antes de que la palabra se pusiera de moda hace una decena de años, con motivo de la aparición de «La semana santa», de Aragón, en el Palacio de la Mutualité parisino, y en el que, junto a una conferencia del autor y unas palabras de presentación de distintas personalidades políticas y literarias, una serie de cantantes interpretaban canciones, algunas de ellas con letra del escritor. Hasta el punto en que la cultura puede, en una sociedad como la nuestra, ser popular; este puede ser uno de los caminos —no el único, naturalmente— de abrir las puertas de acceso a ella de quienes aún se sienten intimidados por algo que consideran como lejano, en gran parte con razón. Las tres colecciones que, de momento, lanza la editorial en cuestión, al precio de cincuenta pesetas volumen, pueden ser, desde el planteamiento de que parten, una contribución a que esa lejanía vaya dejando de serlo. ■ C. S. F.



Apertura del Español

«LOS DELFINES», DE SALOM

El Español ha iniciado su temporada con «Los delfines», de Jaime Salom, representada por la Compañía Titular del Teatro Nacional de la Ciudad de Barcelona. El montaje, muy aparatoso y espectacular, cuadra perfectamente con lo que el gran público suele esperar de una compañía subvencionada. Casi inútil añadir que la personalidad del director José María Loperena —juizada en Madrid por el montaje de «Lope de Vega», de Adolfo Prego, y «Cara de Plata», de Valle-Inclán— y de nuestro bien conocido escenógrafo Sigfrido Burman, encajan perfectamente en esta concepción de la puesta en escena. Añadamos, para completar los «datos» del estreno, que la obra fue francamente aplaudida y que su autor dirigió unas palabras de gratitud al respetable.

De «Los delfines» es conveniente hablar por muchas razones. Una, porque se ha estrenado en el Español; otra, porque ha constituido la presentación en Madrid del Teatro Nacional de Barcelona; otra, porque Jaime Salom, con independencia de sus méritos o deméritos, es el más «ambicioso» de los nuevos autores sólidamente incorporados al censo profesional; otra, podría ser tal vez la propia obra, curiosa y significativa en el marco general del moderno teatro español...

«Los delfines» es la interpretación, desde un «status» determinado —la alta burguesía industrial barcelonesa—, de un fenómeno que alcanza a toda la sociedad occidental. Los componentes del pensamiento de Salom son, aparte de sus propias observaciones, un heterogéneo material de lectura que va desde Santo Tomás de Aquino a Marcuse o Cohn-Bendit, pasando por Lampeusa, todo ellos, junto a otros muchos, citados en el programa. El tema no puede ser otro que el de la «crisis de la sociedad occidental», expresado a través del enfrentamiento

de varias generaciones. Del abuelo patriarcal, autoritario, respetado y creador de la industria familiar, pasaríamos a un hijo vacilante, inseguro, obligado a sostener una realidad que no ha hecho y no le importa demasiado, y, finalmente, a un nieto para quien todo aquello es historia pasada, para quien la razón está de parte de los huelguistas antes que de los patronos. Salom se esforzará en dejar «abierto» la cuestión, en no tomar partido y dar a cada personaje sus razones; aunque la actitud de la abuela, encarnación superviviente de las viejas ideas —especie de Bernarda Alba barcelonesa, para la que todo se salvará si se salvan las apariencias—, ejemplo elemental de mentira, mostraría las simpatías del autor por los más jóvenes.

Es innegable la categoría del tema. Querer ligar el tradicionalismo y eterno «conflicto entre padres e hijos» a los aspectos socioculturales que prestan hoy al problema, a escala mundial, unos claros acentos revolucionarios, es un empeño importante que, entre tanto teatro español chirigotero, merece cierto respeto.

Lo que ocurre es que el tema es tan grave, que las insuficiencias se hacen más ostensibles. Quería Salom sostener los caracteres, cuidar la psicología de los personajes, conservar el naturalismo de nuestro «teatro doméstico»; por otra parte, necesitaba que tales personajes se convirtieran en portavoces, en elementos ideológicos recortados y precisos de su discurso. Nada que objetar por adelantado a este empeño, porque es tiempo de superar las antiguas divisiones en géneros, la escolástica de la monodimensión. Todo es posible, si poéticamente, artísticamente, consigue establecerse. Y Salom podía muy bien intentar esa obra íntima y discursiva, cordial e ideológica, naturalista y simbolista. El único problema estaba en que le saliera o no.